DIARIO DE OPERACIONES EN CUBA: POR EL TENIENTE DE INFANTERÍA DON ENRIQUE PIQUERAS CAUSA (1895–1897)

Enrique PÉREZ PIQUERAS
General de Brigada de Infantería

Presentación

DESDE hace muchos años tenía en mi poder el diario de operaciones que mi abuelo materno había escrito pacientemente en los casi dos años que estuvo destinado en el Ejército de Operaciones de la isla de Cuba.

Había llegado a la isla como teniente de Infantería al final del año 1895, después de solicitarlo voluntariamente en instancia al Rey, cuando era alumno de la Escuela Superior de Guerra. Allí permaneció hasta agosto de 1897, en que se reincorporó a la escuela, hasta salir de la misma como capitán del Cuerpo de Estado Mayor.

La minuciosidad del relato diario de las operaciones militares –seguidas de algún breve comentario y de las escasas actividades sociales en los cortos permisos disfrutados en La Habana, que le permitieron conocer a mi futura abuela– nos invita a recordar el sacrificio de aquellos hombres que, con medios, equipos, armas, alimentación y sanidad insuficientes, lucharon por mantener la unidad de la Patria y el honor de nuestras armas, con un mínimo reconocimiento posterior por la sociedad de aquel tiempo.

Todos ellos, y mi abuelo en particular, quedaron profundamente marcados en sus vidas familiares y profesionales por los acontecimientos vividos, que luego se denominaron el *Desastre del 98* de forma, a mi entender, poco afortunada.

De la exposición parcial de lo más significativo de este diario, seguido de algunos comentarios hechos por mí cien años después, destaca la lección moral que nos dieron aquellos oficiales, suboficiales y soldados, y se aprende de los errores cometidos por improvisación, falta de preparación y descoordinación de las unidades que operaban en la isla.

El trabajo realizado tiene tres partes: la primera es un relato cronológico con los acontecimientos generales de la guerra y los particulares vividos por el autor del diario; la segunda –la más extensa– es la transcripción de partes del diario, con comentarios explicativos, y la tercera es la organización del Ejército de Operaciones de Cuba, según la Orden General del Estado Mayor General, de fecha 1 de diciembre de 1895, mencionando solamente en detalle el Primer Cuerpo de Ejército.

RELATO CRONOLÓGICO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Año de 1895

Enero: Se inicia la última y definitiva rebelión en Baire, provincia de Santiago, con el grito de independencia que dieron una parte de los cubanos llamados *mambises* por nuestros soldados, por considerarlos españoles insurrectos. Este pueblo está al norte de Sierra Maestra, en el extremo suroriental de la isla.

Febrero: Comienzan las acciones violentas contra los campesinos y tropas de guarnición del Ejército y Guardia Civil.

Marzo: A solicitud del general Calleja, Capitán General de la isla, desembarca en Cuba la primera expedición de soldados de reemplazo procedentes de la Península.

La insurrección es acaudillada por Máximo Gómez, con el apoyo ideológico de José Martí y el de Antonio Maceo, nombrado lugarteniente de Gómez.

Los Estados Unidos, desde el primer momento, apoyan activamente con armas y dinero a los insurrectos, mientras el Gobierno español trata de obtener el respaldo diplomático de las naciones europeas.

Abril: El general Martínez Campos, vencedor y pacificador de la insurrección anterior, sustituye al general Calleja como Capitán General de Cuba.

El día 19 muere José Martí, en el combate de Dos Ríos, mandando las tropas españolas el teniente coronel Sandoval.

Mayo–noviembre: Hostigamiento continuo de los insurrectos, con pequeños ataques por sorpresa y emboscadas a los convoyes protegidos por tropas españolas, sin llegar a empeñarse en combates decisivos.

El general Martínez Campos trata de organizar sus efectivos con la llegada de nuevos soldados de la Península.

Diciembre: El día 6 desembarca en La Habana el teniente Piqueras y es destinado, inicialmente, al Cuartel General de la 1ª Brigada en Santa Clara, que actúa en acciones de persecución del enemigo entre Cruces, Esperanza y Camajuani, a las órdenes del coronel Horquín.

Año de 1896

Enero–febrero: El general Martínez Campos pide refuerzos con urgencia y ser sustituido en el mando por el teniente general Valeriano Weyler. El presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, acepta finalmente la propuesta que se le hace. El desánimo de Martínez Campos llegó, entre otras causas, después del combate de Peralejo en el que el general Santocildes resultó muerto en su enfrentamiento con Maceo.

Abril: El teniente Piqueras solicita y consigue ser destinado como oficial de Infantería al Batallón San Fernando, que estaba reemplazando a sus numerosas bajas ocasionadas por enfermedades. Esta unidad, con base en Bahía Honda, operaba en la provincia de Pinar del Río, en el occidente de la isla, formando parte de la brigada que mandaba el general Suárez Inclán.

Junio: Los días 23 y 24 el autor del diario, al mando de su compañía por permiso del capitán, toma parte en las acciones de Zalacaín y Reyes, al oeste de La Habana, en persecución de Antonio Maceo, que se aproximaba peligrosamente con los insurrectos a la capital. Se le propone para una condecoración y meses después se le concede la Cruz del Mérito Militar.

Se incrementan las acciones de las unidades españolas que recuperan la iniciativa persiguiendo y cercando a los insurrectos.

Julio–septiembre: El autor del diario cae enfermo con fiebres palúdicas y es enviado a La Habana para tratamiento médico.

El 26 de septiembre tiene lugar en Cascorro el acto heroico del soldado Eloy Gonzalo. Este popular madrileño murió al año siguiente de paludismo, como tantos otros.

Octubre: Sin haberse repuesto, el teniente Piqueras se incorpora a su destino y recibe el mando de la 1ª compañía. El Batallón San Fernando, con mil trescientos hombres en lista de revista, sólo dispone de trescientos aptos para el combate, a causa del paludismo.

Toda la unidad se traslada a Luyano, en las proximidades de La Habana, para colaborar en la defensa exterior de la capital, hasta la reposición de las bajas.

Noviembre–diciembre: Después de dar de alta en instrucción a los *quintos* venidos de la Península se completa el batallón y, junto a otras unidades, recibe la misión de perseguir a los insurrectos mandados por Maceo al sur de la provincia de La Habana entre los pueblos de San Antonio de Baños, Quivicán y San José de Lajas.

El día 7 de noviembre de 1896 en el combate de Punta Brava muere Maceo, sorprendido por tropas del Batallón San Quintín, mandado por el comandante Cirujeda.

Se ha conseguido reducir la presión enemiga sobre La Habana y se destina al Batallón San Fernando a operar en el extremo oriental de Cuba, entre Manzanillo y Bayamo, zona de sabana y ciénagas al norte de Sierra Maestra.

Los insurrectos mandados por Calixto García cercan las poblaciones e impiden el paso de los convoyes con actuaciones crueles y sangrientas que atemorizan a la población civil.

El Batallón San Fernando embarca en Batabanó y, navegando por el sur de la isla, desembarca en Manzanillo.

Año de 1897

Enero–julio: Transcurren en cometidos de protección de convoyes de carretas de cincuenta a cien habitualmente, tiradas por bueyes, entre las ciudades y pueblos de la zona: Manzanillo, Veguitas, Bueyecito, Santa Rita, Jiguani, Cauto y Guamo, atravesando las zonas pantanosas de los ríos Guajacabo, Bayamo y Cauto, con abundantes crecidas por las continuas lluvias.

Los días 25, 26 y 27 de enero, el teniente Piqueras manda la vanguardia que da protección al convoy que, desde Veguitas, se desplaza a Bayamo. En la sabana de Barrancas el enemigo espera oculto para atacar, pero es detectado por la vanguardia. Despliega el Batallón San Fernando, que constituye el grueso de la fuerza de protección, y desaloja al enemigo de sus posiciones con sólo dieciocho heridos.

El teniente, junto a otros oficiales, es propuesto para una condecoración, y más tarde se le concede otra Cruz del Mérito Militar.

Al llegar la época de las lluvias se generalizan las fiebres palúdicas y el batallón tiene numerosos enfermos: causan baja cuatro capitanes de compañía y fallece, entre otros, el comandante José Cavanna y Sanz, que había sido evacuado a Manzanillo.

El 24 de mayo sale la brigada, al mando del general Tovar, dando protección a un numeroso e importante convoy que se ve obligado a detenerse ante el río Buey por la fuerte crecida debido a las incesantes lluvias.

Teniente de Infantería don Enrique Piqueras Causa.

Se construye una gran balsa, con medios de circunstancias, sobre la que pasan el río inicialmente las guerrillas de los batallones Isabel la Católica y San Fernando y, posteriormente, el resto de las unidades, enfrentándose al enemigo que se retira, permitiendo el paso del convoy.

Agosto: Asesinato terrorista del presidente Cánovas del Castillo. El Ministro de la Guerra ordena al general Weyler que los oficiales alumnos de la Escuela Superior de Guerra regresen a la Península para continuar sus estudios en el curso que se va a iniciar.

El teniente Piqueras sale para Sancti Spiritus y La Habana, donde recibe el pasaporte y embarca en el vapor *Monserrat*. Hace escala en San Juan de Puerto Rico y desembarca finalmente en Santander.

Septiembre: Ya en la Península se le concede el ascenso a capitán por las operaciones del mes de mayo, siendo destinado al Regimiento Granada 34, de guarnición en Sevilla, reincorporándose al curso de la Escuela Superior de Guerra donde finaliza sus estudios de Estado Mayor.

Octubre: Relevo como Capitán General de la isla de Cuba de Weyler, sustituido por el general Blanco, por orden del nuevo presidente del Consejo de Ministros Sagasta.

TRANSCRIPCIÓN DE ALGUNAS PARTES DEL DIARIO CON COMENTARIOS

Organización de las columnas

El autor del diario se incorpora a la media brigada, que manda el coronel Horquín, compuesta de dos batallones, Soria y San Quintín, en Santa Clara.

El día 27 de diciembre de 1895 escribe:

En esta población esperábamos que viniera la media Brigada, pero solo pudimos ver de ella alguna compañía de Soria, cuerpo que tenía allí su representación; las de San Quintín no aparecieron por ninguna parte. Era aquella época la del General Martínez Campos y las columnas, aunque de poca fuerza, estaban formadas por compañías de cuerpos diferentes, con objeto, según decían, de no dejar operar Batallones enteros de gente recién desembarcada, poco acostumbrados a marchas y desconocedores en absoluto de aquella guerra. Quizá mezclar los cuerpos tuviera esas ventajas, pero en cambio seguramente era más difícil el mando y tenía otros muchos inconvenientes.

El comentario del autor es acertado al observar un grave defecto que, posteriormente, se corrigió en parte con la llegada de Weyler y que ocasionó, como veremos después, bajas entre los soldados españoles. Con poca visibilidad la confusión era fácil, y disparaban creyendo que lo hacían sobre el enemigo, cuando realmente era sobre otra unidad española.

Crueldades en los enfrentamientos

Estando el 2 de febrero de 1896 en La Esperanza –pueblo cercano a Santa Clara– para cobrar la paga en la oficina de la representación del San Quintín, el teniente Borges sale con cuarenta soldados para reparar la línea telegráfica y, los insurrectos, con unos ochocientos hombres mandados por los hermanos Núñez, le sorprenden:

Avisaron al jefe (Comandante Salvador) que se oía fuego hacia donde había salido el destacamento. Inmediatamente fuimos a la oficina y enseguida llegó un soldado herido que nos dijo que habían atacado al Teniente Borges y causado muchas bajas.

Al salir el oficial había recogido a casi toda la tropa para su destacamento, no quedando en el pueblo nada más que los pelotones de reclutas, que aquel mismo día habían recibido el armamento, y diez soldados que a toda prisa reunimos (...) Yo me ofrecí a salir (...) y me prestaron el caballo y el revólver; (había llegado en tren por la mañana desde Santa Clara).

Formamos, para salir, los diez soldados y a alguna distancia me seguía uno de los pelotones de "quintos" mandados por un 2º Teniente, al que encargué mucho que nadie hiciera fuego sin yo mandarlo. Con los diez antiguos, me adelanté con gran precaución; eran las dos de la tarde y estaban ardiendo los cañaverales a nuestro frente en una gran extensión. Vinieron hacia nosotros corriendo dos heridos leves con la noticia de que al otro lado de los cañaverales se veía una gran masa de caballos, y de allí partieron tiros que no nos hicieron efecto alguno, pareciendo que se retiraban. Mandé traer una carreta enganchada que habíamos visto a las afueras del pueblo. En el cruce del camino con la vía férrea recogimos al primer soldado muerto, tenía dos balazos y la cabeza separada del cuerpo; seguimos andando por la vía y a la derecha e izquierda de la misma encontramos dieciséis muertos más. El oficial con su asistente estaban a la entrada de una alcantarilla mutilados como todos los que recogimos.

Con la carreta llena de cadáveres cubiertos con una manta volvimos a La Esperanza. A la entrada del pueblo una mujer dijo: ¡bien hecho, era

menester sucediera lo mismo a todos! y un soldado que la oyó la trajo adonde yo estaba; iba casi a rastras detrás de la carreta. Fui delante de la Comandancia Militar a entregar aquel triste convoy.

Además de los fusiles de procedencia norteamericana los insurrectos tenían un arma elemental: el machete llamado *bolo* utilizado para cortar caña de azúcar, que emplearon frecuentemente para rematar a los heridos y cortarles la cabeza después, de un solo tajo.

En busca del enemigo

Los meses de febrero y marzo de 1896 los batallones de Las Navas y Soria operan con base en Cruces, al oeste de Santa Clara, buscando al enemigo por orden del general de la brigada.

El autor del diario escribe:

Decididamente la suerte no nos favorece porque hay enemigo próximo, pero nunca lo encontramos por ninguna parte; no sabemos para cuando esa gente se reserva (...)

Todas las noches nos ordenan la operación para el dia siguiente y como se ve, no son coronadas por el éxito. Las confidencias gratuitas parece que dan siempre ese resultado.

Incidente con un periodista local

En ocasiones la sociedad civil de los pequeños pueblos organiza en el casino bailes, a los que asisten jóvenes con familias y oficiales de las distintas unidades.

El 16 de marzo de 1896 en el casino de Cruces se organiza un baile:

El médico provisional de Las Navas (...) quiso bailar con una muchacha hija de los patrones de la pensión donde se aloja el General Pando, pero por tener novio dijo que no podía bailar. El Teniente Coronel de Las Navas, D. Manuel Fuenmayor la llamó cursi y ella y su hermana se echaron a llorar y salieron para su casa a dar parte al General. El novio de una de ellas dijo que protestaba de aquello como redactor del periódico La Lucha y se llevó algunos golpes. El jefe le dijo que ¡me c... en Vd. y en su periódico! Vuelve el General con las dos chicas del brazo y aconseja al

Teniente Coronel que no se meta con las chicas. Cito estos detalles por la mala suerte que después tuvo el Jefe.

El teniente coronel murió pocos días después en un incidente desgraciado, como se verá más tarde.

Graves consecuencias por la falta de coordinación

El 18 de marzo de 1896 sale al amanecer de Santa Clara la columna formada por tres compañías de Las Navas, tres del Soria, dos de Bailén, Escuadrón de Sagunto, y treinta y tres guardias civiles. Cuando estaban comiendo en un alto, en el ingenio de la Rosa, les llega la noticia de haberse detectado el paso del enemigo:

Una numerosa partida de más de dos mil hombres había pasado la tarde anterior; vimos el rastro. Nos habían dicho en Santa Clara que no operaban por allí más columnas que la nuestra (...) todo el campo está allí plantado de caña (...) el camino real del Hatillo con cerca de arbustos que pueden ocultar el paso por el mismo (...)

Colocamos secciones de Infantería ocultas entre la caña con algunos vigilantes al frente, ocultos igualmente.

A las 12 de la mañana sonó una descarga nutridísima a la cual contestaron las fuerzas nuestras ya preparadas; rápidamente fueron las compañías de Soria y Las Navas a colocarse en línea por orden del Jefe, quedando las Compañías de Bailén y la Caballería en reserva en la plazoleta del ingenio.

Nuestros cornetas tocaron la contraseña reglamentaria y no oímos contestación alguna. El Teniente Coronel de Las Navas, gran amigo del Coronel, vino a felicitarlo, diciéndole que tenía mucha suerte pues unos los buscan y no los encuentran y a ti vienen a atacarte.

El Jefe me envió a decir que avanzaran las municiones y el Capitán Cañadas de la Guardia Cvil me dijo que era mucho fuego el que sufrimos y que quizá no fuera el enemigo, por lo que volví a la carrera a decir esto a mi Jefe. Por si era así ordenó hacer alto el fuego, diciendo que los contrarios no eran mambises(...)

Fuenmayor, haciendo señas con su sombrero murió atravesado por dos balazos, pues la línea enemiga formada a lo largo del camino del Hatillo, seguía haciendo fuego por descargas. El Capitán Oliver del Soria montó a caballo y fue en línea recta hasta ponerse al habla con los contrarios y

Mapa Isla de Cuba.

reconocido por el Teniente Letamendía ya herido, empezó este a ordenar alto el fuego, tardando cerca de diez minutos en conseguirlo.

Nuestro contrario habia sido la columna del General Godoy, causándonos en un momento tres muertos, entre ellos el Teniente Coronel Fuenmayor, treinta y seis heridos entre los que estaban los Capitanes Batlle, López Garrido y Torres Madrid y el contrario, columna Godoy, tuvo más de noventa bajas.

Se reunieron los dos Jefes en el ingenio La Rosa disculpándose Godoy públicamente.

El coronel Horquín cesó en el mando una semana después, entregándolo al coronel Moncada, según relato posterior del autor del diario.

El 29 de enero de 1897, cuando daban seguridad a un convoy que desde Bayamo se dirigía a Santa Rita, al sureste de la isla, el autor del diario escribe:

A la vista de Santa Rita se oyen dos disparos consecutivos (de un fuerte nuestro), hieren gravemente al Teniente Pons, de la guerrilla del Alcántara ¡Pobrecillo! Llegamos al pueblo a las 12 y 30' después de la lamentable equivocación que deshacemos con toques de corneta. Muere Pons y salimos a las 3 para Jiguani.

Persecución del enemigo en ferrocarril

En Santa Clara se tiene información de que una columna enemiga de mil quinientos hombres ha sido vista el día 23 de marzo de 1896, siguiendo el curso del río Sagua la Chica, en dirección a Sancti Spiritus.

El Coronel solicita permiso por telégrafo para ir por ferrocarril hacia Camajuani y Placetas para poder alcanzar a los mambises, que marchaban en esa dirección (...) Se forman dos trenes en los que embarca la columna; cada tren arrastra 22 vagones (...) la marcha en ferrocarril fue desastrosa; los dos trenes marchaban a la vista uno del otro, y cerca del paradero de Vega Alta, donde hay una gran pendiente, se rompió el enganche de uno de los coches retrocediendo 14 vagones con velocidad grande, chocando con el 2° tren en que íbamos nosotros, no ocurriendo desgracias por casualidad(...) Algún caballo apareció en el techo de un vagón.

Evidentemente, el enemigo no fue alcanzado ese día.

Plan de reconcentraciones

Los planes del general Weyler consistían en dividir la isla en distritos y limpiarlos de enemigos uno tras otro, procurando que las partidas de insurrectos no pudieran unirse. La eliminación de cada una de éstas era misión de las columnas mixtas o brigadas ligeras.

Las concentraciones de población rural se iniciaron en la provincia de Pinar del Río, facilitadas por algunos campesinos que huían por temor a represalias de los insurrectos por *colaboracionistas*.

Máximo Gómez en un manifiesto había anunciado el año anterior que, si era necesario, quemarían las plantaciones y los ingenios y arruinarían la economía de la isla hasta hacerla inhabitable.

Las tropas españolas reunían a los grupos de campesinos, vigilando a éstos, tanto por su seguridad como para que no ayudaran a los rebeldes. Los bohíos e ingenios (fincas rústicas que elaboran azúcar), eran incendiados después de evacuar a sus moradores.

Este procedimiento antiguerrillas fue posteriormente imitado por los británicos en el Transwaal y por los norteamericanos en Filipinas y Vietnam.

En mayo de 1896 el autor del diario está destinado en el Batallón San Fernando, con base en Bahía Honda, entre La Habana y Pinar del Río realizando operaciones de persecución de los insurrectos mandados por Quintín Banderas, que ha logrado instalar campamentos en la cordillera de Guaniguánico.

El 11 de mayo el diario indica lo siguiente:

Sale el Batallón de la costa Oeste pasando por el ingenio destruido de Gerardo. Voy en vanguardia y sostengo tiroteo con un grupo enemigo; recogemos muchas reses (...) y se incendian todos los bohíos habitados o no que estuvieran a 200 metros del camino.

El 14 de mayo:

Sale la Brigada por la costa Oeste a la laguna de Las Flores, cerca de Morrillo y conducimos a Bahía Honda a quinientas personas cumpliendo los bandos de reconcentración y muchas reses.

El 19 de mayo:

Salimos del campamento de La Mulata y por el camino de ayer regresamos a Bahía Honda recogiendo muchísimas reses y escoltando carretas con familias de reconcentrados.

Algunas conductas arbitrarias ilegales

La llegada de Weyler mejoró la moral de las tropas al imponer un plan concreto de operaciones, pero el aislamiento de las unidades no pudo impedir que se dieran algunos casos de corrupción y de abuso de autoridad.

El autor del diario escribe el 24 de mayo de 1896:

Hay un gran disgusto en el Batallón por la conducta del Teniente Coronel (...) Es un Señor, que dice no quiere más que dinero sea cualquiera el procedimiento para conseguirlo. Ha hecho una contrata de hules impermeables para la tropa, que según dicen, es bastante para que fuera a presidio si hubiera justicia (...) Presume de muy bravo y no puede consentir que nadie tenga en su hoja de hechos, más acciones anotadas que él.

Además tiene un carácter atroz. Ayer dio a un soldado una paliza, de resultas de la cual ha muerto hoy en el Hospital.

Todos los oficiales de San Fernando y Baleares muestran su disconformidad con este jefe, que es destinado a otro batallón, sin que fuera corregido disciplinariamente.

Heroismo de los combatientes

El 20 de mayo de 1896, persiguiendo a Maceo, descubren un campamento enemigo en la Sierra de Guaniguánico, cerca de Tapia:

La entrada era un caminejo muy estrecho y con una pendiente muy pronunciada. Arriba había una gran plazoleta; defienden mucho aquella subida pero la tomamos a la bayoneta. Cogimos casi muerto a un titulado Teniente llamado Rabaza; llevaba en el bolsillo un despacho firmado por Maceo haciéndolo Alférez y otro provisional de Teniente firmado por Díaz; murió como un valiente, rodilla en tierra en la misma entrada, haciendo fuego mientras sus compañeros huían (...)

Durante el fuego vino hacia nosotros un tío medio desnudo, gritando ¡Viva España!; dijo que era catalán y lo tenían prisionero.

Protección de los convoyes

La protección de convoyes fue uno de los cometidos que realizaron las unidades militares desde el principio de la insurrección. La actuación de los *mambises* pretendía impedir el movimiento normal en las comunicaciones por carretera y ferrocarril, además de interrumpir el telégrafo, soporte importantísimo para las transmisiones hace cien años.

Nuestro ejército se encontró sujeto a la obligación ineludible de garantizar estas comunicaciones, lo que le impidió en gran parte la acción directa de persecución, cerco y aniquilamiento de los núcleos de insurrectos, especialmente en la parte oriental de la isla, donde Calixto García actuaba, con gran impunidad, aprovechando las condiciones geográficas y de insalubridad de las zonas de ciénagas.

El mando militar desplazó a estas provincias varias unidades, entre ellas el Batallón San Fernando. Es allí, entre Manzanillo y Bayamo, donde el autor del diario va a tener las experiencias más duras por la dificultad del terreno donde tuvieron que operar las unidades y el hostigamiento constante del enemigo.

A continuación se transcriben partes del diario en relación con dos de estas operaciones, en los meses de enero y mayo de 1897.

Entre los días 24 y 30 de enero, escribe en el diario:

En Veguitas: misa en la plaza. Se incorpora el Coronel del Regimiento D. Luis Moreno Navarro Uría.

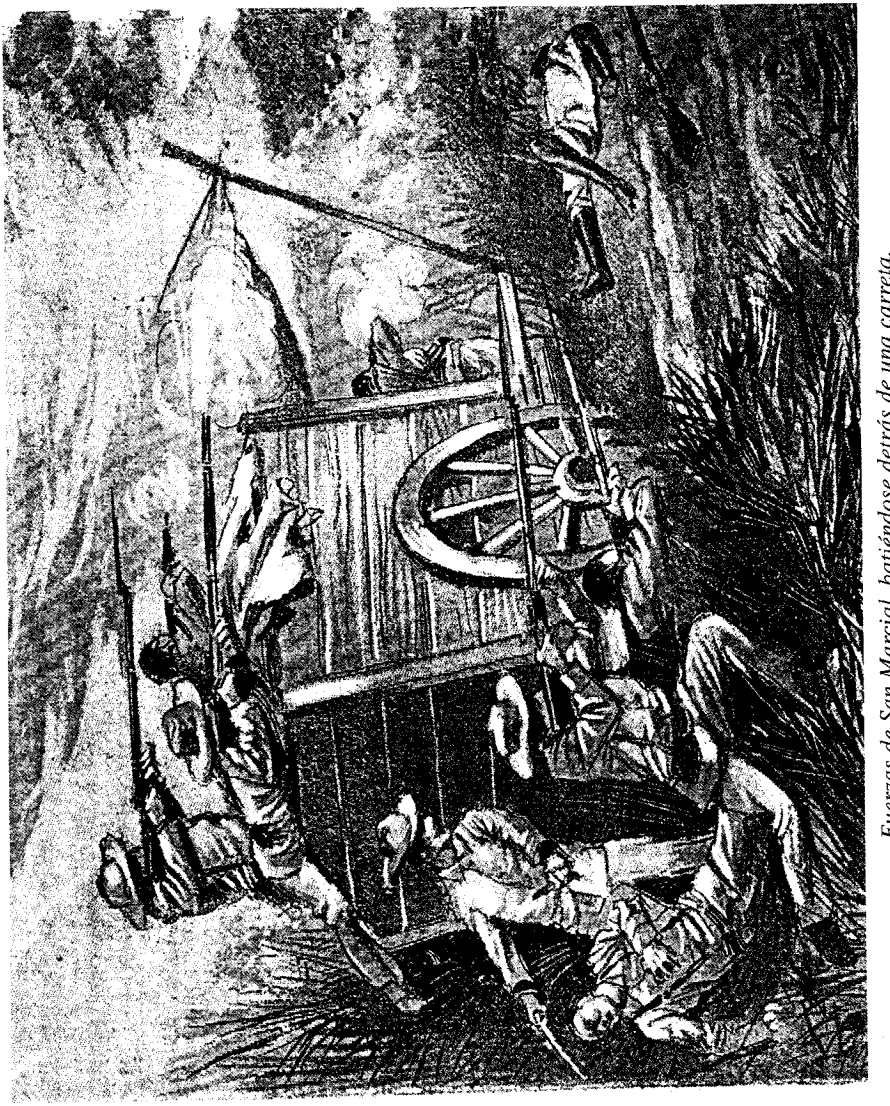
Salimos al amanecer con un convoy de noventa y cuatro carretas para Bayamo, vamos en vanguardia; fuego muy nutrido desde Veguitas hasta el paso del Río Buey (10 de la mañana). Esperamos que pasen las carretas y terminan a las 3 de la tarde, teniendo que acampar allí mismo. Por la noche algunos tiros.

Salimos del campamento al amanecer; vamos en cabeza de las carretas, al llegar a la sabana de Barrancas nos esperaba el enemigo haciéndonos mucho fuego.

Nuestra columna va desplegando a medida que entramos en el llano y después de más de media hora se les desaloja de sus posiciones. La Brigada tiene dieciocho heridos y mi Batallón siete.

En Peralejo nos esperaba otra vez el enemigo y el fuego de nuestra Infantería y Artillería les dispersa a las 2 de la tarde. Acampamos a las 5 de la tarde después de pasar el Río Mabay.

Salimos en vanguardia a las 6 de la mañana (...) Cuando entramos en Bayamo a las 10 de la mañana, fuego otra vez a nuestra retaguardia y nos hacen tres heridos.



Fuerzas de San Marcial, batiéndose detrás de una carreta.

Hemos descargado el convoy, pero las carretas vienen llenas de gente porque muchas familias abandonan el pueblo.

En el mes de mayo las dificultades aumentan por las lluvias tropicales que imposibilitan el paso de los convoyes por las crecidas de los ríos.

Entre los días 20 y 31 de mayo escribe:

Salimos la Brigada a las 6 de la mañana al mando del General Tovar (...) llegamos a Veguitas a las 5 de la tarde, pero las carretas con el Coronel Escario quedan en Sofía. Llueve muchísimo (...) Dan la orden para salir, pero la lluvia hace que el Río Buey no pueda vadearse. Llueve muchísimo (...) asciende el río (...)

El General se impacienta y manda que se haga una balsa (...) la balsa está hecha y mañana empezamos a funcionar (...) Cruzan en la balsa las guerrillas de Isabel la Católica y de mi Batallón; a las 12 acaba de pasar San Fernando (...) acampamos a orillas del monte. A las 7 salimos para el paso del Caimito (...) Al llegar a Barrancas el enemigo nos esperaba por la izquierda y frente. Fuego de mi Batallón que va en vanguardia; herido el Capitán (...) las guerrillas a pie (...) fuego de Artillería; fuego del enemigo a la retaguardia.

La otra Brigada se volvió a Veguitas desde el Camino por no poder cruzar las carretas (...) Salimos de Tuabeque al amanecer (...) paso muy difícil del Río Bayamo. Se presentan dos mujeres a la 5ª Compañía. Vienen del monte, pero como todas dicen, no han visto al enemigo.

Las enfermedades tropicales, nuestro principal enemigo

El equipo inadecuado y el apoyo logístico deficiente les obligaba a vivir en ocasiones a nuestras unidades sobre el propio terreno donde combatían. La sanidad fue incapaz de atender correctamente a las numerosas bajas que producían las enfermedades: fiebres palúdicas, disentería y *vómito negro*, de las que murieron muchos mandos y soldados.

En julio de 1896 el autor del diario cae enfermo de fiebres palúdicas permaneciendo de baja cerca de tres meses.

Tomo purgantes que apenas me hacen efecto (...) y me veo precisado a meterme en la cama con bastante fiebre (...) Tomo Quinina y me siento algo mejor (...) parece que tengo fiebres gástricas palúdicas con diarrea (...) Me alojo en un cuartucho de madera sucio y desmantelado (...) y para acos-

tarme tenía que atravesar mas de 30 metros de cieno negruzco y mal oliente; ése es el campo que me rodea.

Me aconsejan que pase al Hospital o enfermería para poder marchar a La Habana (...) al amanecer (del 20 de julio) estoy en la puerta del Hospital con el médico Ferrer (...) Muy temprano empiezan a salir las carretas con 70 enfermos. A las 7 estábamos en el muelle ¡Que barbaridad!, es la 1 de la tarde y todavía no se ve el barco(...) ¡cómo estarán los pobres enfermos al sol, sin agua y todos con fiebre!. Viene mi ordenanza Ungo y el asistente Larios y me traen una botella de caldo y otra de leche, pero los pobres enfermos me ruegan les dé algo y se las reparto a los más necesitados.

A la 1 y 30 aparece el Tritón y a las 2 estamos a bordo (...) llegamos a La Habana a la 1 de la madrugada.

El tratamiento médico lo tiene que hacer con médicos civiles pues el hospital está reservado para los más graves.

Cuando consigue mejorar, pasa el mes de septiembre de licencia por enfermo en La Habana, incorporándose al Batallón San Fernando en Bahía Honda, después de un viaje en barco. La enfermedad le permitió conocer a la que sería mi abuela, nacida en Sancti Spiritus, hija del teniente coronel Menéndez, destinado en el Gobierno Militar de La Habana por esa época: había tomado parte en la primera guerra contra la insurrección entre 1868 y 1878.

El 10 de octubre escribe:

Muere del vómito Albarracín, 2º Teniente del Baleares, recién llegado (...) Llueve muchísimo y a eso atribuyen el recrudecimiento del vómito.

El 15 de octubre el diario indica:

Salgo con el Batallón al amanecer llegando a Bramales a las 8 de la mañana (...) De mil trescientos hombres que debía haber en el San Fernando solo somos unos trescientos, por lo que deciden mandarnos a La Habana para reponerlo. El General González Muñoz nos dice que dentro de muy poco volverá a reclamarnos para su División y aunque todos los Cuerpos del Arma sean iguales, él prefiere al San Fernando.

El 8 de noviembre dice el diario:

Todavía tenemos muchos enfermos y los buenos están muy débiles; les damos dos platos en cada comida y vino de quina.

Las durísimas marchas acompañadas de incesantes lluvias contribuyen al debilitamiento general. El 19 de diciembre de 1896 en San José de Lajas (al sureste de La Habana) escribe en el diario:

A las 4 llegamos a San José, tocan parte y previenen que el rancho se coma a las 6 y 30 y una hora después, que estemos preparados para mar-

char, dicen que a La Habana. Salimos a la hora anunciada recorriendo 37 km., hasta Regla, con la fatiga natural después de la jornada del día; en el Cotorro una hora de descanso, después de la cual los soldados no pueden ponerse en pie; llegamos al amanecer.

La mala y escasa alimentación también contribuye negativamente a la salud. Después de pasar la Nochebuena en Cañada Honda, al oeste de Bayamo (norte de Sierra Maestra), operando con el agua hasta la cintura, no tienen qué comer pues *dan un cajón de cajas de cerillas en vez de galletas.*

El 28 de diciembre: *Seguimos el Río Mabay. No tenemos qué comer.*

A veces no tienen agua para beber. En una marcha entre Veguitas y El Guamo, donde los mambises atacan, dice el 18 de enero de 1897:

Salimos a la 1 y 30 de la madrugada (...) llegando a las 4 y descansando hasta las 7 de la mañana (...) todo el camino es un monte muy espeso, sin agua ni aun para la hora de la tajada (30').

La tropa recurre al agua de lluvia, lo que aumenta los riesgos de enfermedad.

Particularmente penosas fueron las operaciones que se desarrollaron en las zonas de ciénagas de los ríos Bayamo, Buey y Mabay en la primavera del año 1897, época de fuertes y continuas lluvias tropicales.

El 16 de mayo anota en el diario:

Nos dan la noticia que nuestro Comandante D. José Cavanna y Sanz enfermo en Manzanillo, ha muerto; lo vi el día 3 y parecía tenía poca cosa, pero con estos Hospitales...

El mes de junio, en días distintos, escribe:

Salimos al amanecer (...) atravesando el camino de la Ciénaga (...) los soldados con fango a media pierna (...) Hay muchísimos mosquitos y se me hinchan las orejas (...) camino infernal y muchas emboscadas enemigas; en una muere el cabo de trompetas del Arlabán (...) llueve muchísimo y sigue creciendo el Río Buey.

Hoy he leído el ascenso del difunto Comandante Cavanna (...) Descanso de 3 horas en Cañada Honda con muchos enfermos y muchísimo calor.

Hoy tenemos muchos enfermos; de los doscientos noventa soldados entre las cuatro Compañías, pasan 23 al Hospital y rebajados de servicio

53, a este paso no volveremos nadie. Hay enfermos varios oficiales, entre ellos el Capitán Porcell.

Los días del mes de julio, son particularmente penosos por las bajas por enfermedades:

Se pone enfermo grave (...) el Jefe de nuestra Compañía y le sustituyo; un Teniente mandando cuatro Compañías (...) se pone un heliograma diciendo que me he hecho cargo de la fuerza, por estar gravemente enfermos los dos Capitanes y tres Subalternos (...) de los 291 soldados tengo 83 en el Hospital y 78 rebajados.

Esta maldita costumbre de la tajada (1/2 libra de carne cruda por plaza), contribuye tanto como el clima, a las enfermedades (...) anoche y antes de anoche se hizo el rancho con agua de charcos y de la misma bebimos. Nos quedamos sin pan y casi sin comida (...) aumenta considerablemente el número de enfermos (...) El 17 de Junio tenían estas cuatro Compañías 451 hombres y hoy (12 de julio) quedamos 100, pero algunos pasarán hoy al Hospital.

Un aguacero de algunas horas ameniza la marcha (...) se hace de noche y presencio escenas aterradoras: racimos de enfermos quejándose y maldiciendo de todo; en mi caballo cargo unos cuantos, pero no puedo recoger a todos (...) ¡si desde España vieran esto! (...) más que operar es matar gente (...) esta es la peor jornada que he hecho.

El 18 de julio, pasando el río Mabay:

Más de 1.000 soldados con fiebres. Vamos en vanguardia; el General nos dice que no quede atrás ningún enfermo, agotando todos los recursos y cuando no sea posible llevarlo, se le quite el armamento y las municiones y se le deje abandonado.

¡Terrible debió resultar para todos! La influencia que tuvo en la moral y combatividad de las unidades, fue muy negativa.

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN CUBA

Exponemos a continuación un extracto de la Orden General del Ejército de Operaciones del día 1° de diciembre de 1895, en La Habana, cuando era Capitán General de la isla Martínez Campos:

Puente destruido por los insurrectos entre Jabanillas y Maroto.

La llegada de los Sres. Generales con 22 Batallones de la Península, aconseja dar otra organización a este Ejército, y el Excmo. Sr. General en Jefe, se ha servido disponer lo siguiente:

Art. 1°.– El Ejército de la Isla de Cuba se divide en:

Primer Cuerpo de Ejército (Departamento Oriental)
Segundo Cuerpo de Ejército (Villas y Ciego de Ávila)
Primera Comandancia General (Camagüey)
Segunda Comandancia General (Matanzas, La Habana y Pinar del Río)

Art. 4°.– La organización será la siguiente: (se expone solamente la del Primer Cuerpo del Ejército, al mando del general Pando, que cuenta con mayores efectivos)

1ª División

1ª Brigada
Batallones: Antequera, Baleares, San Fernando y Asia.
Una sección de Artillería de Montaña.

2ª Brigada
Batallones: Cuba, Valladolid y Constitución.
Una sección de Artillería de Montaña.

3ª Brigada
Batallones: Príncipe, Simancas y Luchana.
Escuadrones: Guantánamo y Mª Cristina.
Una sección de Artillería de Montaña.

4ª Brigada
Batallones: Córdoba, Talavera y Guadalajara.

Cuerpos afectos a esta División
Batallón de Guerrillas, Batallones León y Toledo, Escuadrón del Rey y 1ª Compañía de Ingenieros.

Cuerpos afectos a cada Brigada
Guerrillas locales y Guardia Civil de la zona.

2ª División

1ª Brigada
Batallones: Colón, Alcántara, Baza y Andalucía.
Una sección de Artillería de Montaña.

2ª Brigada
Batallones: Isabel la Católica, Unión y Vergara.
Una sección de Artillería de Montaña.

Cuerpos afectos a esta División:
Dos compañías de Ingenieros
Escuadrón de Arlabán
Guerrillas de Guisa y Bayamo
La Guardia Civil y las guerrillas locales dependen, según sus zonas, de las brigadas.

3ª División

1ª Brigada
Regimiento de La Habana.
2º Batallón de Infantería de Marina
Batallón Sicilia

2ª Brigada
Batallones: Aragón y Bailén
3º Batallón de Infantería de Marina

Cuerpos afectos a esta División
Una sección de Artillería de Montaña
Una compañía de Ingenieros
Dos escuadrones de Hernán Cortés
La Guardia Civil y las guerrillas locales dependen, según sus zonas, de las brigadas.

El Segundo Cuerpo de Ejército tiene una organización similar al Primero, pero con dos divisiones, en lugar de tres, y cada división, con tres brigadas. También las divisiones tienen afectas unidades de Artillería de Montaña, Ingenieros y Caballería, quedando a disposición de las brigadas la

Guardia Civil, los voluntarios movilizados de La Habana y las guerrillas locales. Posteriormente se organizó el Tercer Cuerpo de Ejército, con fuerzas de Matanzas, La Habana y Pinar del Río.

Comentarios a la organización de las unidades

La división mencionada se articulaba para las operaciones en *medias brigadas* que eran agrupaciones tácticas al mando de un coronel y compuestas de uno o dos batallones de Infantería, con soldados llegados de la Península, secciones de Artillería de Montaña y el apoyo de unidades de Ingenieros y Caballería divisionarios, además de los Cuerpos afectos a las brigadas, guerrillas locales y Guardia Civil de la zona.

El general Martínez Campos trató de proteger las grandes ciudades, especialmente La Habana, de la presión constante de los insurrectos, manteniendo el telégrafo, el ferrocarril y las carreteras principales abiertas al tráfico de personas y mercancías, especialmente alimentos y azúcar elaborada en los ingenios.

El general Weyler a su llegada, el 20 de marzo de 1896, devuelve a las brigadas el protagonismo, dividiéndolas en columnas o grupos tácticos.

También tomó importantes decisiones como fueron: no sacar a los guardias civiles de las provincias dependientes de su Tercio; el cese de toda clase de destinos de tropa; nuevas normas para la organización de guerrillas y unidades de voluntarios y para la persecución de partidas de insurrectos locales y, por último, fijó las responsabilidades de los comandantes militares en la defensa de las plazas con voluntarios y guerrillas locales.

Sobre la Caballería dispone que los veintiocho escuadrones procedentes de la Península se integren en siete regimientos de cuatro escuadrones, tomando los nombres de los más antiguos: Rey, Reina, Borbón, Príncipe, Sagunto, Numancia y Villaviciosa con el propósito de enfrentarlos a la caballería enemiga, que era numerosa y se lanzaba frecuentemente a la carga contra las columnas españolas que protegían los convoyes.

Comentarios finales

Pasados cien años de aquella guerra, nos damos cuenta, leyendo este diario transcrito sólo en lo más significativo, de las condiciones en las que nuestro Ejército tuvo que combatir y la imposibilidad de nuestros soldados de hacer más de lo que hicieron.

Cuando unos meses después los Estados Unidos forzaron a España a entrar en guerra, no solo en Cuba sino también en Filipinas, conocían las condiciones en las que estaba nuestro Ejército de Ultramar, sin apoyo logístico y con una sanidad totalmente desbordada por el altísimo número de bajas ocasionadas por enfermedades tropicales.

Algunas de las causas por las que no se podía ganar la guerra fueron: la falta de visión política a corto plazo, al aprobar el Gobierno español en 1893 los llamados *Presupuestos para la Paz;* la infravaloración de las capacidades de los insurrectos y del apoyo norteamericano; las dificultades en las comunicaciones de España con sus territorios de Ultramar y la cesión del gobierno de Sagasta ante las presiones norteamericanas para relevar a Weyler, acusado de violar derechos humanos con su táctica de concentración de la población rural.

Sin embargo, la conducción de las operaciones por el general Weyler y la llegada de nuevos contingentes de tropas en 1896 y 1897 demostraron que tampoco los insurrectos, aun con apoyos del exterior, podían vencer al Ejército español.

El general Weyler era un buen conocedor de Cuba, por haber estado destinado cuando era capitán y comandante, actuando al mando de sus soldados en la llamada *Guerra de los Diez Años* entre 1868 y 1878, resuelta por Martínez Campos en la Paz de Zanjón. Desde su llegada a Cuba a principios de 1896, imprime un cambio cualitativo importante al pasar nuestras tropas a llevar la iniciativa.

Su plan era redesplegar las fuerzas españolas, para impedir el enlace entre los insurrectos del centro de la isla con los que actuaban en las provincias orientales y occidentales, mediante trochas o pistas abiertas en la maleza con fortines y observatorios, de doscientos metros de anchura, llegando a tener, la que se extendía desde Morón, al norte, hasta Jucaró, al sur, cien kilómetros de larga. También se trataba de dificultar el apoyo que obtenían de la población rural, de grado o por fuerza, mediante la *reconcentración* de ésta en zonas vigiladas y controladas por nuestro ejército con apoyo de la Guardia Civil. Se consiguió neutralizar a los insurrectos en las provincias occidentales y centrales donde operaban Maceo y Gómez, pero cuando se combatía en la parte oriental con esperanzas de éxito sobre Calixto García, Weyler fue relevado, cambiando totalmente la política del Gobierno y, por consiguiente, la táctica militar empleada hasta entonces con relativo éxito.

Con todo, lo que más impresiona al leer el diario son las penosísimas condiciones de alimentación y particularmente las sanitarias en las que se encontraron las unidades. Casi todos los soldados sufren males; no hay qui-

nina suficiente ni tónicos. No hubo mejora alguna con el general Weyler y continúan en aumento las bajas por enfermedad, lo que hizo casi inútil la llegada de cuantiosos refuerzos desde la Península.

Al comienzo de 1895 había en la isla dieciséis mil hombres. La llegada de ocho expediciones de soldados desde la Península a lo largo de ese año incrementó la cifra hasta cerca de cien mil, para llegar en 1898 a unos ciento veinte mil soldados. Se ha calculado que causaron baja por enfermedad o muerte treinta mil entre oficiales, suboficiales y soldados en los dos últimos años de la guerra, según estudios de la época.

Los batallones de Infantería llegados de España, que inicialmente contaban con cinco o seis compañías, acaban teniendo cuatro incompletas. Sus efectivos reales para el combate llegan a ser entre un tercio y dos tercios de la fuerza en revista por los numerosos enfermos.

El 25 de julio de 1895 el general Martínez Campos, antes de ser relevado por Weyler, escribe al Presidente del Consejo de Ministros Cánovas del Castillo:

No puedo concluir sin decirle a Vd. que nuestro soldado es un mártir por sus sufrimientos, el más disciplinado del mundo, el más manejable y con buena dirección y buenos jefes, el más valiente, que tanto él como la oficialidad tienen su espíritu levantado.

¡Ah si yo pudiera alimentarlos bien! Pero los convoyes son nuestra muerte y el racionamiento es poco menos que imposible.

BIBLIOGRAFÍA

ARTOLA, Miguel: *Historia de España*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.

Crónica de la guerra de Cuba. Cuadernos publicados en la época. 1897.

MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos: *España bélica. Siglo XIX*. Aguilar, 1961.

PIQUERAS CAUSA, Enrique: *Diario de Operaciones en Cuba, 1895–97*.

SÁNCHEZ BARBA Y ALONSO BAQUER: *Historia Social de las Fuerzas Armadas*. Alhambra, 1986.

PAYNE, Stanley C.: *Los militares y la política en la España Contemporánea*. Ruedo Ibérico, 1967.

WEYLER, Valeriano: *Mi mando en Cuba*. González Rojas, Editor, 1910.